

Versión online de Las Cartas de Kátsar: septiembre 2015

Este capítulo pertenece a la obra original de Las Cartas de Kátsar, © Alejandro Pino Alamillo .

© Derechos de edición reservados.

Alejandro Pino Alamillo.

Alejandro Pino Alamillo.

www.alejandropino.net

alejandropinoalamillo@gmail.com

Colección Novela

© Alejandro Pino Alamillo

Edición: online a través de www.alejandropino.net .

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los contenidos de las páginas web de Alejandro Pino, ya sean fotografías, imágenes, dibujos, textos, audio, video, software, logotipos y diseño, están protegidos por la normativa de Propiedad Intelectual e Industrial, en particular por el RDL 1/96 que aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la Ley de Marcas 17/2001.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

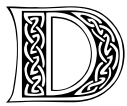
«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47; www.alejandropino.net).»

Las Cartas de Kát sar

Capítulo I: Llegada a Mérlobock

por

Alejandro Pizarro Alamillo



Después de lo que parecieron meses, mi barco llegó a Mérlobock. Estaba

helado, empapado y de mal humor. Lamenté amargamente no haber comprado pasajes de cubierta en una embarcación mejor: desde luego, no era una forma muy heroica de comenzar una vida nueva. Durante el transcurso del viaje, conocí a un joven polizón muy agradable que se encargó de darme conversación y entretenimiento durante las pesadas horas de viaje, aunque al tercer día no tuve más remedio que tirarle por la borda. Nunca intentes robar a un kristin.

Fue una mañana lluviosa cuando avistamos tierra. El timonel guió el barco a lo largo del muelle de la ciudad de Brionne. Ayudé al resto de tripulantes a arrojar las cuerdas al personal del puerto, que las ató en torno a enormes tocones de madera, hasta que nos detuvimos con un golpe seco. No esperé a que bajasen la plancha de desembarco, agarré mi único equipaje: mi hermoso espadón, y de un salto me las apañé para abandonar de una vez aquel maldito muerto flotante de madera.

Estaba en Brionne, la ciudad portuaria más grande de Mérlobock. Intenté ignorar el barullo de centenares de marineros que se paseaban comprando, vendiendo, intercambiando y, en general, quejándose de las cifras a las que llegaban sus acuerdos. La lluvia parecía no turbar los quehaceres de aquellas gentes. Antes de llegar a Mérlobock, había cambiado todo mi dinero por monedas procedentes de diferentes partes del mundo, de ese modo no podrían identificar mi origen exacto. La plata y el oro, son plata y oro aquí y en cualquier parte del mundo, no importa el retrato de quién o el escudo de qué familia aparezca. De modo que me dispuse a buscar una taberna. No tardé en encontrar un cartel de madera podrida donde todavía podía leer uno: "*La Sirena de Brionne*". Nada mejor que una mugrienta taberna con nombre de prostíbulo donde pasar las horas muertas.

Una tenue luz iluminaba los pringosos muebles de La Sirena de Brionne. El local estaba completamente vacío, salvo por un corpulento anciano que se escondía tras la barra maldiciendo por lo bajo. En cuanto me vio aparecer se enderezó, agarrando una jarra vacía.

—¿Qué va a ser, marinero?—me gruñó desde la penumbra.

—No soy marinero—contesté disgustado al comprobar el apestoso olor a pescado impregnado en mi empapada indumentaria—. Cerveza.

El tabernero también me miró con gesto disgustado.

—Forastero, ¿verdad? ¡*Sangre de trasgo*!

Mis músculos se tensaron y por un momento estuve tentado de usar a *Esfinge*, mi fiel espadón.

—¿Cómo dices?—pregunté con cautela.

—Estás en Mérlobock, aquí no bebemos cerveza—respondió llenando la jarra de un líquido oscuro y espumoso—. Tenemos *sangre de trasgo*.

El brebaje desprendía un aroma algo resinoso y similar al de la cerveza, pero al mismo tiempo me recordaba al olor del pan tostado. Había oído hablar de aquel tipo de cerveza que ya los enanos, antiguos maestros cerveceros, elaboraban en las profundidades de las montañas, pero jamás había probado una. Acabé con la bebida de un trago y pedí otra.

—¿Qué asuntos traen a Brionne a un forastero, si no es marinero?—indagó el tabernero mientras colocaba unas botellas.

—Soy cartógrafo—mentí con la misma facilidad que podía beber aquella oscura cerveza—, exploro tierras remotas y más tarde vendo mis mapas e información al mejor postor.

—¿Y dónde está tu material?—insistió el anciano.

—Este es todo el material que necesito—contesté señalando a *Esfinge* y dando por finalizado el interrogatorio.

Pedí una tercera jarra de *sangre de trasgo* y me marché algo mareado de la taberna habiendo hecho entrar en calor a mi cuerpo. Fue entonces cuando me percaté de que la noche se había cernido sobre Brionne mientras yo me emborrachaba. Pateé las calles de la ciudad durante una hora sin encontrar una posada. Estaba maldiciendo aquella isla cuando sin darme cuenta me adentré en un callejón oscuro y mugriento. El alcohol sin duda había nublado mi sensatez. La callejuela era estrecha y estaba cubierta de verduras podridas. Un ruido me sobresaltó y un gato negro que rebuscaba en la basura salió a mi encuentro. Miré al animal con la misma cautela que él me observaba, fue entonces cuando una voz sonó a mis espaldas, espantando al felino que se perdió en la oscuridad.

—¡Vamos, maldito gordo, danos el oro que lledes encima!

Me adentré un poco más en el callejón, ignorando de nuevo a la sensatez, buscando el origen de aquellas voces. Al torcer la esquina me topé con un grupo de cuatro hombres que pateaban y amenazaban a un quinto individuo que se había hecho un ovillo en el suelo. No tardaron en percatarse de mi presencia.

—¿Y tú quién coño eres?—me gritó uno de ellos enseñándome un puñal.

Los asaltantes ocuparon sus posiciones como si ya las tuviesen marcadas. Me fijé en las armas que portaban: un puñal, un palo de madera, un cristal roto envuelto en tela y una espada oxidada de dudoso filo. No sabes cuánto me divierte cuando este tipo de aficionados a las luchas callejeras se envalentonan por ir en grupo.

—Caballeros, dejen a ese pobre hombre—solté con mofa, exagerando unos modales que nunca he tenido y que nunca tendré—. ¿Les parece si lo resolvemos tomando todos unas jarras de *sangre de trago*? Dicen que es una bebida típica de estas tierras.

—¿Caballeros?—repitió incrédulo el hombre que sujetaba el palo de madera.

—Es forastero, su acento es diferente—escupió el de la espada—. Seguro que tiene oro.

—Cortémosle el cuello y quitémosle lo que lleve encima—ordenó el primero que había hablado, el del puñal.

Desenvainé a *Esfinge*, que hasta entonces había permanecido colgada de mi espalda, y los asaltantes retrocedieron unos pasos. Te preguntarás por qué motivo decidí buscarme problemas tan pronto, pero si te soy sincero, no existe mejor forma de despejar la cabeza que liberando un poco de adrenalina.

Uno de los ladrones se dio a la fuga.

—Estupendo, ya sólo quedamos tres—una sonrisa se dibujó en mis labios.

El que sujetaba el palo de madera se adelantó e intentó golpearme en la cabeza, sólo tuve que alzar mi espada y su rudimentaria arma se partió en dos pedazos. Acto seguido, me giré para bloquear la estocada que otro de los ladrones intentó asestarme con su espada, su arma también se partió en dos. El del puñal no se aventuró, tiró el objeto de metal a un lado y salió corriendo, siguiéndole sus compañeros segundos después.

—¿En serio, ya está? ¡Volved y luchad, cobardes!—grité como un lunático a la oscuridad donde se habían perdido los asaltantes—. ¡Todavía sigo borracho!

—Gracias amigo...—murmuró el hombre que minutos antes estaba tirado sobre el suelo—. Si no llegas a aparecer no sé qué hubiese sido de mí.

—No soy tu amigo, y yo puedo decirte lo que hubiese pasado—contesté dando media vuelta dispuesto a marcharme.

—Eh... espera... déjame al menos saber tu nombre o pagarte una cena, si aún no has cenado...

Me detuve y miré por primera vez a aquel hombre: era bajito y gordo, sin apenas pelo en su redonda cabeza. Vestía con prendas de buena tela, desde luego no era un marinero, y de eso se habían dado cuenta también los ladrones.

—No es necesario que sepas mi nombre pero acepto esa cena—contesté mientras me cargaba a *Esfinge* de nuevo a la espalda.

Regresé a La Sirena de Brionne antes de lo esperado. Aquel lugar parecía incluso peor que hacía unas horas. Estaba lleno de marineros malolientes que bebían y gritaban sin cesar. Nos sentamos junto a la única mesa que quedaba libre, el anciano y dueño de la taberna no tardó en aparecer.

—Hîr Halfrings, no esperaba verle por Brionne, ¿qué puedo servirle?—los modales del anciano habían cambiado repentinamente.

—Hola, Reger, viejo amigo. Tráenos algo de cenar y una botella de vino. Mi nuevo amigo debe de estar hambriento.

—Mejor *sangre de trasgo*—intervine—, el vino es para mujeres. Y no soy su amigo.

El tabernero miró a Hîr Halfrings esperando su confirmación. Hubo un intercambio de miradas antes de que el anciano se marchase a por el pedido.

—¿Hîr Halfrings?—pregunté, intentando disimular mi interés con un tono de indiferencia.

—Bueno, en realidad mi hermano es Hîr Halfrings, a mí puedes llamarme Alatirno—respondió con una amplia sonrisa.

En efecto, aquel individuo no era un simple pescador como el resto de hombres que abarrotaban La Sirena de Brionne. Era un Hîr: un hombre con poder y autoridad, un privilegio concedido por un título nobiliario. La suerte estaba de mi lado.

—Aquí tienen—dijo el tabernero cuando regresó con dos platos humeantes de estofado de carne con patatas—. ¿Ya ha conocido usted al cartógrafo, Hîr Halfrings?

—¿Cartógrafo?—repitió Alatirno Halfrings sorprendido.— ¿Mi salvador es cartógrafo?

Maldije en mi interior no haberme inventado otra respuesta mejor trabajada cuando el anciano cotilla me interrogó. Degusté el estofado, estaba salado y olía a pescado. Empecé a pensar que en aquella isla no sabían llamar a las cosas por su nombre: ni la cerveza era cerveza, ni la carne era carne. Asentí como respuesta a la pregunta y bebí un trago de *sangre de trasgo* cuando nos trajeron las jarras.

—¡Es maravilloso! Me vendría genial alguien como tú: fuerte, valiente... ¡y cartógrafo!—vi como la papada de Alatirno se agitaba de abajo—arriba según se iba animando—. Dime, ¿trabajas ahora para alguien?

—Siempre se trabaja para alguien, ¿no?

—Está bien—respondió asintiendo con la cabeza—, ¿cuánto te paga? Puedo pagarte el doble si trabajas para mí.

Observé con detenimiento a Alatirno, aquel hombre gordo de familia noble al que había salvado de ser atracado por cuatro ladrones de poca monta. De kristin a cartógrafo, qué forma de caer tan bajo. Pero sin duda, era la mejor forma de pasar desapercibido y de dejar atrás un pasado manchado por la sangre de muchos hombres y muchas criaturas que ni en tus sueños podrías imaginar.

—¿En qué puedo ayudarle, Hîr Alatirno?— pregunté cambiando mis modales a un tono pomposamente recatado.

—Hace unas semanas descubrimos unas minas de hierro abandonadas, al norte de la isla, y queremos volver a explotarlas; necesito alguien que dibuje los mapas para establecer una ruta desde la capital a las minas—me explicó con la boca llena de patatas cocidas—. Además, me vendría bien un guardaespaldas, son tiempos peligrosos y es mejor viajar acompañado. Qué me dices, ¿hay trato?—preguntó extendiendo la mano.

—No hemos hablado de mis honorarios—respondí antes de terminarme la jarra de *sangre de trasgo*.

—Cinco onzas de oro cada veinte días—propuso él—, y una más por cada encargo cartográfico finalizado.

—Que sean ocho cada veinte días, una más por mapa, y alojamiento.

—Me parece correcto.

—Entonces tenemos un trato, amigo—concluí estrechándole fuertemente la mano—. Aquí tienes a tu nuevo guardaespaldas. Voy a pedirle al tabernero otra ronda, invito yo.

—¿Puedo saber ya el nombre de mi salvador?—me preguntó alzando la voz para hacerse oír por encima del gentío cuando me levanté.

—Puedes llamarme Kátsar...—contesté sin girarme. <<... el último Kristin. Kátsar, el cartógrafo>>—pensé con amargura mientras me alejaba de la mesa.

A continuación, seguí emborrachándome con Alatirno Halfrings mientras el ruido de la taberna iba aumentando. Antes de que el alcohol borrara los recuerdos de mi primera noche en Brionne, recuerdo que el gordo y alegre noble no dejó de gritar una y otra vez lo mismo:

—¡Bienvenido a Mérlobock!

Kátsar
